

Desde la Puerta del Sol



La Puerta del Sol madrileña, en la que se encuentra el punto kilométrico 0 de España, creemos es un buen enclave para formalizar un juicio de lo que pasa en el país, lo que podemos alargar a Hispanoamérica y al resto del mundo. Con esa idea nos hemos situado junto el oso y el madroño, desde donde saludar a nuestros amigos

Número 254 – domingo 12 de enero de 2020

¡Ni lo pienses!

Emilio Álvarez Frías

Estos días se acumula la información sobre el hecho del nombramiento de Pedro Sánchez como presidente del Gobierno. Los trapicheos realizados por esta tropa se salen de todo lo previsible. Cada quién actúa por su cuenta en lo de dar a conocer los de su partido que van a ocupar carteras ministeriales sin tener en cuenta las normas establecidas al respecto, si no mediante disposiciones oficiales, sí al menos por la ética y las buenas costumbres. Cosa, ésta de las buenas costumbres, que hay que darla por perdida entre los representantes del pueblo aunque hayan ascendido a «casta» en un santiamén, sin obligación de vestir de acuerdo con la representación que ostentan, siguiendo con los pantalones vaqueros, descamisados o con peinados afro. Y eso que, contra lo que antes habían previsto de entrar a saco contra la casta que tanto les molestaba, ahora ellos renuncian a poner coto a los privilegios económicos de los diputados, olvidando el acuerdo contraído por el PSOE y saltándose a la torera la promesa electoral de acabar con las «pensiones de oro». ¡Sí ahora están ellos en la lista!

En este número:

- ✚ ¡Ni lo pienses!, Emilio Álvarez Frías
- ✚ Matar mereció la pena, Eduardo Inda
- ✚ De mitos, símbolos y mártires, María Lilia Genta
- ✚ Pedro y la batalla de Bosworth, Karina Sainz Borgo
- ✚ España es culpable, Arturo Pérez Reverte
- ✚ El príncipe Sánchez, Rafael Fayos
- ✚ Pedro Sánchez hace su gobierno de orcos, liberticidas y filoterroristas, José Miguel Pérez



Si alguien había pensado que iban a cumplir algo de lo prometido, se equivocaba. Han asaltado el poder y ahora intentarán hacer desde él lo que les venga en gana. En todo caso dispararán con pólvora del rey mientras puedan, pero ni lo pienses que van a hacer algo válido para el país y consecuentemente a favor de los españoles. No tardaremos mucho tiempo en verlo. Ya están surgiendo los primeros atisbos. Los floretes ya están apareciendo fuera de las vainas para intercambiar los primeros saltos.

Por ello nos atrevemos a sacar este número de *Desde la Puerta del Sol* a mitad del domingo, ya que se nos ha acumulado mucho original y, o lo desechamos, o hacemos un extraordinario. Por si puede ilustrar a alguno de nuestros amigos en aquellos temas que todavía están un tanto verdes, optamos por lanzar este número que quizá pueda leer en el descanso del partido entre el Atlético de Madrid y el Real Madrid que ha de celebrarse en tan lejano país.

Más que un botijo el ambiente de esta tarde requerirá o bien una bota o un porrón. Optaremos por un porrón al que vamos a dotar de un buen vino tinto de denominación de origen de la Comunidad de Madrid. Parece lo suyo.

Matar mereció la pena

Eduardo Inda (*okdiario*)

Mi infancia son recuerdos de un País Vasco en el que ETA mataba a troche y moche. Memoria de unos años en Bilbao que fueron tan felicísimos en lo particular como durísimos en lo general. Secuencias de esos años de plomo en los que con apenas cinco años tuve la desgraciada oportunidad de presenciar algunos de los golpes más duros de la banda terrorista, como la voladura del Marítimo del Abra, el club más chic de la capital vizcaína. O el cadáver cubierto con una manta de un policía asesinado a quemarropa por la espalda en las cercanías de mi casa. O el drama de los Ybarra, cuyo padre murió tras un mes de secuestro en el que la familia no logró reunir los 1.000 millones de pesetas que les exigía la mafia de los nuevos socios de Pedro Sánchez.

Siendo navarro, habiendo vivido hasta los nueve años en Bilbao, veraneando en San Sebastián desde que nací (cosa que ya no puedo hacer por obvias razones de seguridad personal), a mí nadie me va a decir ni me va a contar lo que representan cuantitativa y cualitativamente los 50 años de matonismo etarra. Que se resumen tétricamente en 856 asesinatos, dos mil y pico huérfanos, cientos de viudas y viudos, miles de heridos, un sinfín de mutilados, cerca de un centenar de secuestrados, de-cenas de miles de extorsionados y 250.000 exiliados (eso sí que es un exilio y no lo del delincuente Puigdemont) del País Vasco y Navarra. Entre otros, los cinco miembros de mi familia, que aterrizó en Madrid a finales de los 70 como consecuencia de la invivible presión del mafioso mundo etarra.

ETA no cayó por las cesiones del Gobierno de Zapatero, tampoco por la legalización de su brazo político en una vomitiva sentencia

del Constitucional que revocó otra ajustada a Derecho del Supremo, ni desde luego por las fisuras que provocó en sus filas el crimen de Miguel Ángel Blanco tras una terrible agonía que duró 72 horas. Esa panda de malnacidos pasó a mejor vida porque la Policía y la Guardia Civil hicieron un trabajo impecable y porque las fuerzas políticas democráticas permanecieron unidas sin una sola fisura, incluida la Izquierda Unida del ahora podemita Julio Anguita, ante el mal. En fin, lo que prescribe la lógica moral más elemental.



Adolfo Suárez y Calvo-Sotelo no cejaron en la lucha antiterrorista pese a que en aquellos tiempos ETA llegó a segar la vida de un centenar de personas al año. Siempre tuvieron claro que la banda era el *mal absoluto*. Felipe González, el de «los etarras se pudrirán en la cárcel», jamás puso en duda la catalogación moral de estos malnacidos. De Aznar qué quieren que les cuente que ustedes no sepan. Lo normal en alguien decente que, para más inri, habla de la banda terrorista con más auctoritas que ningún otro político de primer nivel. Salió con vida del bombazo que le pusieron en la calle Silva de Madrid por milésimas de segundo y por el blindaje de su Audi. Si el terrorista hubiera accionado el explosivo un pelín antes, el que meses después fue cuarto presidente de la democracia no lo hubiera contado.



Zapatero fue el primero que empezó a pervertir el lenguaje y, consecuentemente, a blanquear consciente o inconscientemente a los pistoleros. Primero, calificando de «hombre de paz» a Arnaldo Otegi, jefe de los asesinos y antes secuestrador de Javier Rupérez y asesino frustrado de Gabriel Cisneros. Y después sembrando cizaña talonario de dinero público en mano entre las asociaciones de víctimas que hasta entonces habían permanecido unidas y capitaneadas por la AVT. Tan cierto es que bajo su mandato ETA dejó de matar como que para conseguir ese objetivo no era necesario elogiar a seres diabólicos como Otegi ni mucho menos legalizar a sus tentáculos políticos.

De la catadura moral de Pedro Sánchez teníamos más que intuiciones. Albergábamos certezas en forma de doctorados robados, mentiras infinitas, uso del dinero público rayano con la malversación y coqueteo permanente concluido en boda con quienes perpetraron un golpe de Estado hace dos años y tres meses. Pero lo que nunca pensamos es que pudiera romper todos los consensos habidos y por haber manifestando en sede parlamentaria que «no hay vascos buenos y malos». Como si Josu Ternera fuera igual que los añorados Fernando Múgica y su tocayo Buesa. Como si no hubiera diferencias entre la multiasesina Idoia López Riaño, alias La Tigresa, y Marimar Blanco o la viuda de Gregorio Ordóñez. O tal que si el hijo de Santanás de Arnaldo Otegi estuviera en la misma dimensión ética que Nicolás Redondo Terreros, María San Gil o esa Bea Fanjul que es ahora mismo la gran esperanza blanca del PP vasco.

Si me llegan a vaticinar que todo un presidente de un Gobierno democrático iba a dar las gracias al señuelo político de ETA desde la tribuna de oradores, hubiera pensado que el mundo se había vuelto tarumba. Idéntica conclusión extraería si hace tres o cuatro años me hubieran avanzado que algún día un diputado sería aupado a La Moncloa por quienes defendían en las instituciones los asesinatos de los terroristas. Sucedió en la moción de censura, con el «sí» de los bilduetarras a su ahora íntimo Pedro Sánchez, y se repitió la historia con el voto pasivo del martes.



Más allá del golpe de Estado encubierto que supone romper los consensos del 78 pactando con proetarras y golpistas, me preocupan hasta el infinito y más allá las consecuencias que provocará este repugnante relativismo moral. Relativismo moral que se traduce en la equiparación del bien y el mal, de los terroristas y sus víctimas, de quienes asesinan y de quienes son asesinados, de secuestradores y secuestrados, de quienes extorsionan y de quienes tienen que pagar para salvar la vida, de quienes campan a sus anchas en el País Vasco y Navarra y de quienes siguen teniendo que llevar escolta para que no les partan la cabeza, de los «terroristas de Alsasua [Fiscalía dixit] y de los guardias civiles apaleados en el bareto del mal». Eso significa que todo vale. Eso implica que no se distinga entre el bien y el mal. Eso provoca que en el imaginario colectivo quede la sensación de que para conseguir lo que quieres tan legítimo es hacerlo por las buenas como por las malas. Si matar mereció la pena a ETA y sus satélites, ¿quién nos asegura que nadie intentará repetir la estrategia para lograr sus fines políticos o de cualquier tipo? La ley de la selva es la antítesis de la democracia. Sánchez, la historia te condenará.

In memoria: a continuación del artículo figuran los nombres de las 856 personas asesinadas por ETA.

De mitos, símbolos y mártires

María Lilia Genta

Si hay un personaje de la política mundial con el que coincido a menudo, es Donald Trump. Entiendo que el pueblo norteamericano, en buena parte, le esté más que agradecido: empleo para todos, las grandes empresas a casita (a dar empleo justamente); se acabó que vayan a otros países por «mano de obra barata». Su proteccionismo (nuevo nombre del nacionalismo) lo quisiera para nuestra Argentina. Ni que decir sus posiciones frente al globalismo, el ecologismo, el aborto, la ideología de género y otras yerbas.

Pero me veo obligada a decir que la muerte del General iraní Soleimani me crea dudas.



Este hombre no era una figura tragicómica y grotesca como Sadam Hussein sino todo lo contrario. Severa estampa de militar, ninguna estridencia en sus gestos y sí mucha contundencia. Era un símbolo y ahora, después de su muerte, lo es mucho más.

Se dirá: era un asesino, un terrorista. Pero precisamente, para la religión musulmana cuantos más infieles hayan muerto por decisión suya más se afirma su condición de héroe y mejor lo recibirán en la eternidad Alá y Mahoma, su

Profeta.

Las escenas de su entierro hablan a las claras del significado de su figura en todo el mundo árabe musulmán. Ahora es un mártir y a mi modesto entender pesa mucho más muerto que vivo: la sola mención de su nombre será «misil» en Medio Oriente. Creo que conocer a fondo la religión y los valores espirituales del enemigo es tan o más importante

que dar con los drones en el blanco con precisión exacta. Este es el punto débil de Estados Unidos y de Occidente.

Los musulmanes vienen ocupando Europa sin disparar un tiro por culpa de los europeos y sus intereses mezquinos y subalternos que sólo apuntaron, en su momento, a conseguir mano de obra barata en los inmigrantes provenientes de las antiguas colonias. Después de traicionar a los «parás» en Argel, De Gaulle les abrió las puertas de Francia a los argelinos. Lo que no previno es que esos inmigrantes se multiplicarían por el mero hecho de un gran crecimiento vegetativo mientras los franceses nativos disminuirían drásticamente su tasa de natalidad invirtiendo de este modo la pirámide demográfica, y



así pasó en casi toda Europa. «París cambió de color», me dijo hace veinticinco años una amiga que por razones familiares viajaba allí cada dos o tres años. Con el cambio de color crecieron las mezquitas que llegaron a superar los templos católicos.

Europa no tiene Fe, la Fe de San Luís Rey, la de Mío Cid, la de los Reyes Católicos. Ellos sabían contra quienes peleaban cuando se enfrentaban al Islam. Europa ya no es cristiana. Trump, según parece, es creyente y en más de una ocasión ha hecho pública su condena a la matanza de cristianos en

Medio Oriente. Por eso no se entiende esto de convertir en mártir a Soleimani. Sin entrar en el problema ético que implica el «dronazo» (esto lo dejo a consideración de los expertos en el tema) me parece peligroso para Occidente que este «martirio» termine por unir al mundo árabe.

Los símbolos suelen ser en la guerra más eficaces que las armas sofisticadas. A modo de ejemplo: Franco tuvo muy en cuenta el valor de lo simbólico cuando decidió retrasar largamente la reconquista de Madrid para ir a rescatar el Alcázar de Toledo: su liberación fue un símbolo de la Fe que animaba la Cruzada y una definitiva derrota del Ejército Rojo. Según tengo entendido, hasta hace unos años, en nuestra Escuela de Guerra se discutía si el Generalísimo había hecho lo mejor, desde el punto de vista específicamente militar, al optar por ir a Toledo en orden al triunfo del Ejército Nacional. Los estrategas, apegados a la estricta técnica de la guerra, sin capacidad de abrir la cabeza a cuestiones que trascienden, por lejos, la técnica, sostenían que no se debió retardar la entrada a Madrid. Tal vez tenían sus razones. Pero Franco entendió que ese puñado de hombres atrincherados entre los muros destruidos del Alcázar, una Escuela Militar, era mucho más importante que Madrid. Durante décadas, el Alcázar fue emblema para el mundo. Las placas hablan desde los muros. Todas las naciones, no importa si más o menos amigas de España, enviaron sus Escuelas Militares a ese enclave de lo militar por antonomasia. Desde el primer minuto de la Guerra el Alcázar fue el símbolo de la España eterna en el siglo xx. Con los ejemplos que nos brinda la historia, Soleimani se me presenta mucho más peligroso ahora que es mártir y mito.

Ya no existe la Cristiandad; sólo quedan unos pocos líderes cristianos. ¿Y qué podemos esperar de Roma? Desde allí sólo se brega por llenar a Europa de inmigrantes musul-

manes. Importan más los «delitos» ecológicos que las matanzas de cristianos. ¡Qué orfandad la nuestra!

Quiera Dios que me equivoque ante las posibles consecuencias de este acto de guerra.

Pedro y la batalla de Bosworth

Karina Sainz Borgo (*Vozpópuli*)

Sánchez tenía la mandíbula algo más floja ese día que en la Pascua Militar. Pero el exceso de confianza, como el alcohol, desinhibe. Empuja al error. Tras una sesión de investidura precipitada, esperpéntica y excesiva –¡cuánto llanto, bronca y palabras pesadas como la brea!–, el socialista atravesó las puertas de Zarzuela más presidente de Gobierno que nunca. Con dos votos, pero lo consiguió.

Borracho de investidura o rebotado por los anuncios del vicepresidente Pablo Iglesias en *El Intermedio*, Sánchez perdió la clase en la ceremonia de promesa de su cargo ante el Rey. «Ocho meses para diez segundos», dijo, guasón, a Felipe VI. Quizá Sánchez esperaba a que sonaran las trompas de la Heroica, o que, después de tanto tiempo en funciones, le ciñeran la mismísima corona de cestillo rojo.

Justo por su ego sinfónico, Pedro Sánchez le puso la mejilla a Felipe VI, que soltó el zarpazo: «Ha sido rápido, simple y sin dolor». Tras una breve pausa, el jefe del Estado añadió: «El dolor vendrá después». El navajazo estuvo a la altura de los cierres de los segundos actos de las óperas, cuando todo está por decidirse. Pero Sánchez, como en el poema de Gil de Biedma – 30 años hace ya de la muerte del escritor– vino a llevarse la vida por delante. Y si para eso tiene que dejarse llamar verdugo, carcelero o bajar la cerviz, lo hará.

Si Ricardo III, retratado por Shakespeare como el jorobado y maligno miembro de la casa de los York, sólo atina a pedir un caballo a cambio de su reinado durante la batalla de Bosworth, Sánchez es capaz de hipotecar su nombre, su

palabra insustancial y al resto de la Nación, con tal de permanecer en Moncloa. Bien es cierto que el socialista no es del todo contrahecho como Richard, pero sí un conspirador nato, un hombre consumido por la ambición y el resentimiento en su propia Guerra de las Rosas. Si es que al PSOE le queda alguna.

Cuando llegue el dolor del que ya lo ha prevenido el monarca, en España habremos tomado todos varias raciones del comino con el que la diputada de ERC Monserrat Bassa salpimenta la casquería española. También habremos escuchado cientos de truculentas Vivas a España en la bancada de Vox y nos cansaremos de la sal gruesa. Terminaremos todos suplicando una cabalgadura para salir, de una vez, de este campo de Bosworth al que nos han traído Pedro Sánchez y sus fantasmas.



Montserrat Bassa, Pablo Iglesias y Pedro Sánchez

España es culpable

Arturo Pérez-Reverte *(XL Semanal)*

Quando miro atrás sobre cómo hemos llegado a esto, a que una democracia de cuarenta años en uno de los países con más larga historia en Europa se vea en la que nos vemos, me llevan los diablos con la podredumbre moral de una clase política capaz de prevaricar de todo, de demolerlo todo con tal de mantenerse en el poder aunque sea con respiración asistida. De esa panda de charlatanes, fanáticos, catetos y a veces ladrones –con corbata o sin ella–, dueña de una España estupefacta, clientelar o cómplice. De una feria de picaros y cortabolsas que las nuevas formaciones políticas no regeneran, sino alientan.

El disparate catalán tiene como autor principal a esa clase dirigente catalana de toda la vida, alta burguesía cuya arrogante ansia de lucro e impunidad abrieron, de tanto forzarla, la caja de los truenos. Pero no están solos.

Por la tapa se coló el interés de los empresarios calladitos y cómplices, así como esa demagogia estólida, facilona, oportunista, encarnada por los Rufiancitos de turno, aliada para la ocasión con el fanatismo más analfabeto, intransigente, agresivo e incontrolable. Y en esa pinza siniestra, en ese ambiente de chantaje social facilitado por la dejación que el Estado español ha hecho de sus obligaciones –cualquier acto de legítima autoridad democrática se considera ya un acto fascista–, crece y se educa desde hace años la sociedad joven de Cataluña, con efectos dramáticos en la actualidad y devastadores, irreversibles, a corto y medio plazo. En esa fábrica de desprecio, cuando no de odio visceral, a todo cuanto se relaciona con la palabra España.

Pero ojo. Si esas responsabilidades corresponden a la sociedad catalana, el resto de España es tan culpable como ella. Lo fueron quienes, aun conscientes de dónde estaban los más peligrosos cánceres históricos españoles, trocearon en diecisiete porciones competencias fundamentales como educación y fuerzas de seguridad. Lo es esa izquierda que permitió que la bandera y la palabra España pareciesen propiedad exclusiva de la derecha, y lo es la derecha que no vaciló en arropar con tales símbolos sus turbios negocios. Lo son los presidentes desde González a Rajoy, sin excepción, que durante tres décadas permitieron que el nacionalismo despreciara, primero, e insultara, luego, los símbolos del Estado, convirtiendo en apestados a quienes con toda legitimidad los defendían por creer en ellos. Son culpables los ministros de Educación y los políticos que permitieron la contumaz falsedad en los libros de texto que forman generaciones para el futuro. Es responsable la Real Academia Española, que para no meterse en problemas negó siempre su amparo a los profesores, empresarios y padres de familia que acudían a ella denunciando chantajes lingüísticos. Es responsable un país que permite a una horda miserable silbar su himno nacional y a su rey. Son responsables los periodistas y tertulianos que ahora despiertan indignados tras guardar prudente cautela durante décadas, mientras a sus compañeros que pronosticaban lo que iba a ocurrir –no era preciso ser futurólogo– los llamaban exagerados y alarmistas.

Porque no les quepa duda: culpables somos ustedes y yo, que ahora exigimos sentido común a una sociedad civil catalana a la que dejamos indefensa en manos de manipuladores, sinvergüenzas y delincuentes. Una sociedad que, en buena parte, no ha tenido otra que agachar la cabeza y permitir que sus hijos se mimeticen con el paisaje

para sobrevivir. Unos españoles desvalidos a quienes ahora exigimos, desde lejos, la heroicidad de que se mantengan firmes, cuando hemos permitido que los aplasten y silencien. Por eso, pase lo que pase, el daño es irreparable y el mal es colectivo, pues todos somos culpables. Por estúpidos. Por indiferentes por cobardes.

El príncipe Sánchez

Rafael Fayos (*El Debate de Hoy*)

El panorama político que se ha venido gestando tras las últimas elecciones es de lo más sombrío y siniestro que hayamos visto en los últimos cincuenta años. A pesar de todo, como nos recuerda el proverbio bíblico *nihil novum sub sole*, no hay nada nuevo bajo el sol, y lo que estamos contemplando es una nueva versión de un clásico en la historia de España y también de Occidente. Así, Jaime Mayor Oreja lleva dos o tres años hablando del Nuevo Frente Popular, evocando al que se configuró en España entre 1934 y 1936, y poniéndolo en relación con las alianzas de los partidos de izquierdas contra la derecha, algunos de ellos constitucionalistas y otros marcadamente separatistas.

Pero también la historia de Occidente nos brinda episodios y personajes que sin mucho esfuerzo identificaríamos con algunos de los actores de la política actual. Uno de ellos, indudablemente, es el que encontramos en el libro de Nicolás Maquiavelo *El príncipe*. Es un escrito redactado con la finalidad de aconsejar al político en la conquista y el mantenimiento del poder en situaciones excepcionales.

Justamente como el momento presente, insólito por muchos motivos, entre ellos, la crisis en la unidad de la nación, la posibilidad de un Gobierno con ministros cercanos al populismo marxista venezolano y las estrategias desplegadas por los políticos de turno en el asalto al poder y en el mantenimiento del mismo a cualquier precio.

Política sin ética

Mucho puede enseñar Maquiavelo de todo ello, pues los sillares de su obra no son otra que la concepción de la política como una actividad totalmente desligada de la ética y convertida en el arte de la adquisición, la conservación y el incremento del poder político.

Escribe Maquiavelo: «Cuando le perjudique cumplirla, el príncipe debe faltar a su promesa. Debe faltar a ella cuando desaparecieron los motivos que le obligaron a prometer». Y más adelante añade: «Un príncipe siempre encuentra argumentos para disculparse en el incumplimiento de su fe jurada».



La actualidad de estos textos es evidente. El 19 de septiembre de 2019, en un programa de *laSexta* el presidente en funciones, Pedro Sánchez, fue entrevistado por el periodista Antonio García Ferreras. Ante la pregunta de por qué no pactó con Podemos, afirmó: «Sería un presidente del Gobierno que no dormiría por la noche, junto al 95% de ciudadanos de este país que tampoco se sentirían tranquilos».

La actualidad de estos textos es evidente. El 19 de septiembre de 2019, en un programa de *laSexta* el presidente en funciones, Pedro Sánchez, fue entrevistado por el periodista Antonio García Ferreras. Ante la pregunta de por qué no pactó con Podemos, afirmó: «Sería un presidente del Gobierno que no dormiría por la noche, junto al 95% de ciudadanos de este país que tampoco se sentirían tranquilos».

Casi tres meses después, el 12 de noviembre, España se despertaba con el anuncio de un preacuerdo para la formación de un Gobierno entre el PSOE y Unidas Podemos. El abrazo entre el presidente en funciones y el líder podemita fue portada de numerosos periódicos al día siguiente. No es la primera vez que vemos cambiar de opinión al inquilino de La Moncloa. Siempre se mueve con ambigüedad en capitales y trascendentales asuntos, mostrándose en un mismo tema fuerte y decidido, en unas ocasiones, para mutar su carácter en dialogante y transigente, en otras.

Políticos de principios y no de circunstancias

La imagen de la veleta que cambia su dirección con el viento se queda corta para el príncipe Sánchez. Justificará sus veleidades con el consabido dicho de que cambian las circunstancias y, con ello, las acciones que deben llevarse a cabo. Pero precisamente lo que muchos votantes están deseando es lo contrario. Políticos de principios y no de circunstancias que mantienen sus decisiones ante el cambio de los vientos, porque se mueven y actúan por valores y no únicamente por lo que en un determinado momento les pueda favorecer en la conquista o permanencia en el poder.

Creo que esta es una lectura que debi-era aplicarse al éxito de partidos como Vox, que algunos sitúan en la extrema de derecha y sus votantes colocan en las coordenadas de la política coherente con una serie de principios y valores.



Mayor Oreja, al que nos hemos referido ya en este artículo, ha denunciado una y otra vez que la raíz de la crisis de nuestra sociedad es una crisis de valores y de principios. Lejos de abandonar la vida pública tras cesar su actividad como político, ha promovido iniciativas, entre ellas, la fundación Valores y Sociedad o la iniciativa *One of Us*, centradas

en recuperar los valores y principios sobre los que se ha construido la vida política y social de Europa. Afirma insistentemente que la crisis de la civilización occidental no es ni económica ni social, su raíz se encuentra en el abandono de los principios y valores que la hicieron surgir.

Pero volvamos al Príncipe Sánchez y veamos por última vez cómo aparece retratado de la mano de Maquiavelo: «Mejor es que parezca que un príncipe tenga buenas cualidades a que las tenga en realidad. [...] Cada uno verá lo que pareces, pero pocos sabrán quién eres». De ahí que Pedro Sánchez sea un enigma para todos y seguro que nos sorprende de nuevo. Es cuestión de cómo sopla el viento.

Pedro Sánchez hace su gobierno de orcos, liberticidas y filoterroristas

José Miguel Pérez *(El Correo de Madrid)*

De verdadero miedo. Cuatro «vicepresidencias» integrarán el gobierno de orcos y comunistas de Pedro Sánchez. Nadia Calviño, monaguilla de las oligarquías de Bruselas, besaculos de Christine Lagarde, asumirá la vicepresidencia económica.

Carmen Calvo será la que ostentará las funciones de «memoria democrática», eufemismo que equivale a la implantación de la memoria soviética. El hijo de terrorista y nieto de chequista Pablo Iglesias asumirá la vicepresidencia de «derechos sociales», y una tal Teresa Ribera la de «Transición ecológica y reto demográfico».

¿Qué «derechos sociales» puede defender un marxista asentado en el lujo burgués de la



Mansión de Galapagar cuya boca viperina sólo propugna la represalia, el sentido materialista de la vida y la lucha de clases? Con una Seguridad Social quebrada, las pensiones arruinadas y financiándose a crédito y una deuda pública en un 98 cien del PIB, poner los «derechos sociales» en manos de un comunista es una bomba de relojería.

Pablo Iglesias no es diferente a Nadia Calviño, vicepresidenta econó-

mica. ¿Que esta última va de liberal y de pija burguesa bien relacionada en Bruselas? ¿Y..? Es lo mismo que el comunista. Los dos han garantizado ya pleitesía a la élite política y económica rectora de la Unión Europea, que más bien podría llamarse Unión Soviética Europea: el Banco Central Europeo presidido por Christine Lagarde y la Comisión Europea. Calviño e Iglesias tienen un sentido claro de la economía: el aumento de impuestos, la confiscación tributaria y la supresión de la clase media.

La aplicación de los impuestos a rentas altas, empresas digitales y bancos, con que la izquierda agita ahora su banderita «Robin Hood» es en realidad la antesala para matar a la iniciativa privada y emprendedora, crear más paro y subyugar tributariamente a todos los españoles. Este escenario es exactamente el que quiere esa dantesca y peligrosa alimaña llamada Christine Lagarde del BCE, antes presidenta del FMI; aquella, recuerden, que en infinidad de foros se ha mostrado en contra de que los jubilados «vivan tanto tiempo» y en que España necesita 270 mil inmigrantes anuales para «pagarnos las pensiones».

La Unión soviética Europea que ha convertido España en felpudo de Francia y Alemania, en puerta de entrada del islamismo y la inmigración masiva, está de enhorabuena con el gobierno de Sánchez. La sumisión del pueblo español a las oligarquías que quieren disolver la identidad cristiana y cultural y liquidar la libertad económica y personal, está garantizada. ¿Una Unión Europea que fuese sostén de Naciones libres permitiría un gobierno español con comunistas confiscadores que sobredimensionarán la deuda pública y el paro suprimiendo libertades ciudadanas? No. Pero la Unión Soviética europea quiere naciones rehenes de la deuda y la yugulación fiscal. Así lo ha demostrado.

La Vicepresidencia de Transición ecológica de Teresa Ribera no es más que la otra parte de la dictadura económica y confiscatoria que nos espera. Que Greta Thunberg y los cientos de políticos y empresarios trepas de la «jet mundial» apoltronaran su culo en España a cuerpo de rey durante dos semanas en la Cumbre COP 25 trae el regalito que esperábamos: España exterminará los motores diesel en menos de 20 años así como la ganadería y las industrias cárnicas. Por supuesto, el hecho de subvencionar las caras e ineficaces «energías renovables» y el exterminio de la energía nuclear nos pondrán la factura energética más cara del mundo. Los «Impuestos verdes» que la izquierda aplaude con las orejas se aplicarán a la carne o a los vehículos de más de 10 años. Las restric-

ciones a la libertad de circulación con vehículos a motor de combustión están garantizadas. La libertad personal se extermina para imponer el credo pijo progre elitista de los coches eléctricos que Papa Estado deberá subvencionar; ergo, más impuestos... Y menos libertad de elegir y circular. Las clases populares serán barridas del «ascensor social» por un «liberticidio» planeado por la izquierda del odio.

Carmen Calvo, la siniestra y pacata Vicetodo de Pedro Sánchez, nos dará más vueltas de rosca en torno a la «ley de memoria histórica» a cuya reforma en ciernes sólo se ha opuesto Vox. Y la misma va a entrañar, como todos sabemos la multa, la inhabilitación y la cárcel a quién hable ya no bien, sino objetivamente del franquismo. El sañudo derribo de símbolos cristianos, la persecución del callejero y la represión contra las organizaciones y Fundaciones como la «Fundación Nacional Francisco Franco» que custodia los archivos y documentos de la verdad de la historia, van a ser una constante. Será impuesto el relato oficial revanchista de forma definitiva, y los homenajes a la Unión Soviética se producirán en medio de los aquelarres de los homenajes a las «víctimas del franquismo».



George Soros está encantado con su hijo político predilecto del Occidente Europeo, Pedro Sánchez. Vino a visitarlo en junio de 2018. Las Fundaciones de George Soros tienen a buen recaudo el patrocinio de «me too» en España; las manifestaciones feministas que sólo ven delito y agresión machista cuando el autor es hombre y español; y la arribada masiva de inmigrantes a bordo de ONG mafiosas como Open Arms financiadas por el magnate especulador. Irene Montero, futura Ministra

ultrafeminista de Igualdad, hará posible la desintegración definitiva de la libertad del hombre español heterosexual que en el Código Penal será señalado expresamente como culpable siempre que una mujer empoderada y feminista así lo quiera y decida con su mero testimonio.

Una mezcla de olor a hijoputismo, naftalina y comunismo empalaga la atmósfera de España. Los arreos del poder están en manos de criminales de obsesiones ideológicas impenetrablemente malignas, liberticidas y antiespañolas.